

## Inteligencia que se agradece

### *Botellas de naufrago*

ALBERTO SALCEDO RAMOS

Luna Libros, Bogotá, 2015, 376 pp.

A PESAR de que a Alberto Salcedo, por una cierta modestia genuina, le parezca que sus mensajes son de naufrago y quedarán a la deriva, estas crónicas son más petroglifos grabados en las rocas de alguna de las islas del archipiélago Colombia, que extraviadas botellas sin destino. Si en dos generaciones los colombianos aún saben leer, este testimonio de una época álgida (¿alguna en el país no lo habrá sido?) será de gran valor. Y ya lo es para los que inspeccionen esta colección de textos de un costumbrismo cosmopolita carente de arrogancia o de provincianismo. Es evidente que el autor, además de haber recorrido los vericuetos del país, ha explorado el universo a lomo de libro.

*Botellas de naufrago* compila cerca de cien artículos, cien temas a los cuales Salcedo ha dirigido su mirada de ser humano, periodista, filósofo, historiador, estudioso de las costumbres de nuestro cuerpo y alma. Estas observaciones están hechas bajo la luz del espectro caribeño, esa luz expansiva y generosa que alumbrá los rincones y escudriña más con curiosidad que con censura. Un talante de costas y llanuras le permite sobrellevar la realidad que se descubre, sin que su perspectiva y su esperanza se estrellen irremediablemente contra nuestras montañas de problemas. “La actitud —cuenta que le decía su madre caribeña— endulza el café cuando escasea el azúcar” (p. 15). Así, sus crónicas, sus relatos, sus ensayos, aunque a veces los haga con dolor del alma, son más bailados que llorados, como es de rigor en esa cultura desenfadada y jovial que tanto necesitamos los cachacos. El goce es la vacuna contra el miedo a la muerte.

Los escritos que Salcedo elige para publicar en este libro son un álbum de estampas. La unidad del tono los mantiene compactos como *opus*, pero cada sección y cada texto corto tienen aliento propio. Los tópicos surcan desde la reflexión profunda sobre el arte de escribir, hasta el elogio del patacón y la empanada, mientras el telón de

fondo permanente es la historia de un país en guerra, sus gestores, sus causas y sus víctimas, cuyos perfiles ilustra el periodista con tres trazos maestros. Cada estampa del álbum es una pieza más de la gran perspectiva del alma nacional. Como además Salcedo ha sido comentarista de cine, las crónicas le salen con un poder visual sin fuegos fatuos. Son reportería verbal de mucha utilidad como “testimonio contra nuestra amnesia”.

La ventaja del formato de textos no muy largos es que permite dosificar cada impresión y cada idea y digerirlas. Ayudan las enzimas de un humor a dos bandas que les quitan solemnidad de lápida a los temas, una inteligencia que presume a su vez la del lector —y se agradece, pues no explica lo explicado— y un ingenio que en lenguaje más clásico llamamos “ocurrencia”: un giro inesperado, una idea parada de cabeza para dotarla de una nueva perspectiva, una opinión original y aguda. En resumen, y a pesar de la dificultad proverbial del periodista para encontrar un tema que le avive la llama de la prosa, las crónicas-estampa son de interés parejo, de ritmo “de maracas” (p. 179), sabrosas, siempre con suficiente sustancia en el sancocho.

Las columnas recogidas por Luna Libros nacen seguramente sin pretensiones de ser periodismo en *letra dura*. Pero Salcedo Ramos es un escritor. En sus palabras, consignadas en los agradecimientos al final del libro: “Acaso porque en esencia soy un narrador, siempre me ha interesado más seducir que convencer”. Y su prosa es, sin duda, cuidada y seductora. Logra que su lector se vuelva un cómplice, para bien o para mal, de lo que con pasión y con trabajo plasma en la cuartilla. Su decálogo tácito es sencillo y sabio, y lo esboza a lo largo de sus textos sobre el periodismo y las palabras, sobre los libros y, especialmente, en su ensayo “Yo el lector” (p. 175). En resumen: el escritor puede pensar en el lector (mas no en plural); quiere ser leído pero su compromiso no es mayor con el lector que con el texto; la prosa debe ser natural, clara y sincera. Y a lo largo de la centena de columnas —además de proporcionarles a otros escritores/periodistas un acervo de consejos de compinche y citas depuradamente pertinentes— demuestra que su amor

por el oficio lo convierte en maestro de un género difícil que consiste en dejar una huella que sea a la vez ligera e indeleble.

No se equivocó el editor de Luna Libros cuando le propuso a Salcedo dar el salto de la hemeroteca a la biblioteca. Si el escritor quería en estas columnas dejar un testimonio que nos salve de la amnesia nacional, lo logra, y de la manera más amable posible, sin amarguras ni rencores; la empatía con los asesinados, los olvidados, los sufridos, no le llena los hígados de odio. Su visión, aunque sea la de un naufrago, no zozobra en el profundo mar de la desesperanza.

**Ignacio Zuleta Ll.**